

como era indispensable para merecerlo justamente, y si además se exigía el pago puntual de las contribuciones. Ahora bien, la ciudad de Burdeos, titulándose la *ciudad de 12 de marzo*, se consideraba exenta de pagar los derechos reunidos, y alentadas con su ejemplo, todas las ciudades del Mediodía aspiraban á lo propio. Si ahora que se veía al rey á la cabeza del gobierno no hablaba un lenguaje muy enérgico á las poblaciones meridionales, se vería desaparecer el recurso de los impuestos y el crédito de la propia suerte, como consecuencia forzosa. Tal fué el lenguaje del ministro.

Sin embargo, el conde de Artois trajo á la memoria su promesa de abolir los derechos reunidos. A lo cual replicó Mr. Louis con estas palabras:—Tambien os habeis comprometido á pagar la deuda pública, y esa promesa vale tanto como la otra.

Luis XVIII, á quien no pesaba jamás coger en renuncio á sus sobrinos, y particularmente á su hermano, dió pleno asentimiento á las palabras de Mr. Louis; declaró que, sin arrebatar toda esperanza de alivio á las poblaciones extraviadas de resultas de promesas irreflexivas, se hallaba pronto á dirigir las un manifiesto para hacerlas entrar en sus deberes, y recordarlas que á semejanza de la ley, el impuesto es igual para todos, y que buenas opiniones, aun cuando lo fuesen en grado sumo, nunca debían ser una dispensa de pagar las cargas del Estado. Se convino en que este manifiesto al punto sería escrito, revestido con la firma real y publicado.

Después de congregarse por un instante á los

ministros de Hacienda, de Guerra y de Marina, se patentizaba que las economías iban á ser una ley rigurosa para el nuevo gobierno, como que sin ellas no habría posibilidad de cubrir todas las atenciones, y sobre todo asegurar la suerte del ejército, al cual importaba en sumo grado hacer adicto á la dinastía. Ciertamente no era ocasión de pensar en gastos de lujo ó de partido, que no fuesen de necesidad imperiosa. Sin embargo, Luis XVIII habló con el tono más sencillo y el propósito más deliberado, de la casa militar del rey, como de una institución definitivamente restablecida. A su decir, ya habían tomado sus títulos los antiguos capitanes de las compañías de guardias de la real persona. Estos eran Mrs. de Havre, de Grammont, de Poix, de Luxemburgo. Y no paraba aquí el monarca, antes bien deseaba aumentar el número de las compañías, para nombrar otros dos capitanes, elegidos del ejército imperial. Además pretendía restablecer las compañías rojas. Sobre este punto ya tenía abrazado su partido, pues juzgaba que, por carecer de una casa militar vigorosamente constituida, habían padecido tantas desgracias en 1789 el trono y también la Francia.

Para comprender á fondo cuanto había de imprudente en el restablecimiento de esta antigua casa militar, hay que saber que bajo la denominación de *compañías rojas*, se trataba de reunir dos ó tres mil hombres, unos de edad muy avanzada, otros por el contrario apenas adolescentes, incapaces, no de valor ni con mucho, sino hasta de un servicio militar efectivo, de dar suntuosos uniformes á todos y grado de oficiales y de capitan por

lo menos, y además de reunir bajo el nombre de guardias de corps á tres mil jóvenes con el grado de subtenientes de caballería, de añadir entre infantería y artillería otros cuatro mil hombres, que sumarian diez mil y costarian como cuarenta ó cincuenta mil soldados, en momentos en que por fuerza habria que despedir quizá á doscientos mil de las filas, con treinta mil oficiales experimentados, cubiertos de heridas y condenados á caer en la miseria. Bajo tal pie constituida la casa del rey, no costara menos de veinte millones de francos, y aunque la lista civil pagara parte de esta suma, no dejaba de ser una imprudencia enorme la de distraer otra cantidad del presupuesto de la Guerra, y la de ocasionar que el ejército, mal dispuesto á interpretar favorablemente las reducciones de que estaba amenazado, comparase su miseria á la opulencia de la casa del rey. No echó Luis XVIII en olvido lo de insinuar que se respetaria la situacion de la Guardia imperial. ¿Mas cómo conciliar todas estas cosas, y además, cómo subvenir á los dispendios que originarian juntas?

Así los príncipes de la dinastía borbónica llegaban con resoluciones tomadas de antemano sobre las materias mas graves. En este caso deseaban proporcionar empleo á nobles reducidos á la pobreza, única excusa especiosa para tamaña falta, y tambien se complacian en tener por seguro que seis mil nobles, bien armados, hubieran contenido la revolucion francesa; y esta opinion no la abrigaban ellos solos. ¡Muy en breve iba á experimentar la augusta familia qué se puede hacer contra una revolucion ni aun con los nobles de mayor bravura! Ante una resolucion

que parecia irrevocable, ningun miembro del consejo opuso el argumento mas leve. Hasta el ministro de Hacienda se mantuvo silencioso. Este daba cuanto dinero le era posible; á no dar mas, aplicaba toda su energia, y en cuanto al uso que se debia hacer de los fondos, se referia al ministro de la Guerra, mas interesado en la cuestion que otro alguno. Muy bien se guardara éste de malquistarse con la nobleza francesa, que aspiraba á volver á la carrera militar por tal via. Monsieur de Talleyrand y Mr. de Montesquieu eran sobrado poderosos para que no les inspirase temores; mas el primero se complacia en guardarla miramientos, y el segundo se arrimaba á su parecer en esta coyuntura, y así no hubo la menor resistencia á una medida que debia ser fatal á la dinastía de los Borbones. Como testimonio de solicitud hacia el ejército, como prueba de la atencion con que velaria por sus intereses, anunció el rey que formaria un consejo superior de la Guerra, compuesto de los príncipes, de muchos mariscales y de algunos tenientes generales, los mas distinguidos de cada arma. Añadió que le presidiria en persona.

Tras de esto hablóse de los padecimientos de las provincias ocupadas. Ya se podia echar de ver que la convencion del 23 de abril habia sido un solemne chasco para nosotros. No se habian movido las tropas extrangeras que se debian retirar á medida que entregábamos las plazas, á cuya evacuacion nos habiamos comprometido. En su provecho se daban los gefes á vender el material contenido en los almacenes y los arsenales de que estaban apoderados. Sus pretensiones avanzaban hasta el punto de quererse apropiarse los almacenes

de sal, de hacer por su cuenta la corta de maceras, y en estas disputas hallaban un nuevo pretesto para dilatar su partida. Por tanto quedaban sin compensacion alguna los sacrificios hechos al evacuar tantos puestos distantes y de la mas subida importancia, y el inmediato alivio esperado de la convencion de 23 de abril resultaba completamente ilusorio.

Vehementemente se expresó el rey sobre este punto, y el duque de Berry, siempre fogoso en sus sentimientos, dijo que no se podia aguantar que se devorase la Francia bajo pretestos ya infundados, hallándose Napoleon en la isla de Elba, y habiéndose sometido todos los gefes de los ejércitos franceses al nuevo orden de cosas. Mr. de Talleyrand recibió la comision de avistarse con los soberanos y con sus ministros, y de explicarse de la manera mas categórica asi con los unos como con los otros: tambien se le encargó que abordase el importante punto de la paz; y segun ya hemos dicho, acerca de la constitucion el rey no dijo nada, ó casi nada. Sin embargo, urgia satisfacer el empeño ya contraido ante el Senado y el Cuerpo legislativo, convocado para el 10 de junio. A todo esto los soberanos aliados manifestaban deseos de dejar la Francia, llamados á sus paises por sus propios negocios, y ansiosos tambien de repartirse los despojos arrebatados al grande imperio. Asi les interesaba la próxima celebracion de la paz, é insinuaban, y Alejandro mas que el emperador de Austria y el rey de Prusia, que no consideraban satisfechos del todo sus empeños con Francia, y particularmente con los que les habian librado de Napoleon, hasta que la cuestion de la constitucion quedase zanjada,

Por estas diversas razones, Luis XVIII mostró el designio de anticipar la fecha de la convocatoria del Senado y del Cuerpo legislativo, y así fijóla para el 31 de mayo en vez del 10 de junio, lo cual implicaba la obligacion de apresurar igualmente la redaccion de la constitucion nueva.

En este exámen no mas que preliminar de los negocios del Estado, Luis XVIII pareció digno á sus consejeros y oportuno, si bien algo superficial á los que á semejanza de Mr. de Talleyrand, de Mr. Louis y del general Dessoles eran capaces de penetrar el fondo de las cosas. No obstante los miembros del Consejo real quedaron satisfechos, y segun costumbre aparentaban estarlo mas que lo estaban realmente.

Todos los asuntos de que se habia tratado eran perentorios Mr. de Talleyrand, á quien el ministro de lo Interior puso al corriente de las exacciones llevadas á cabo en nuestras provincias, de ellas habló á los monarcas aliados y á sus ministros. Con solo ponerles de manifiesto la convencion de 23 de abril se censuraba su conducta, pues allí se dijo textualmente que desde la misma fecha cesarian las requisiciones, y que las tropas emprendieran su movimiento de retirada, sin que los territorios por donde cruzaran entonces tuviesen obligacion de proporcionarles mas que víveres á su paso. Aunque los artículos de la convencion pudieran en su aplicacion dar margen á abusos, tan odiosos y exorbitantes eran los que perpetraban de continuo que no habia escusa valedera. Alejandro apareció sinceramente indignado, aseguró que habia expedido órdenes y las iba á renovar de seguida. En situacion algo embarazosa hallóse el rey

de Prusia, avaro y amigo de pequeños provechos para sus tropas; y tambien prometió despachar nuevas instrucciones. El príncipe de Schwarzenberg usó de buen lenguaje, aunque de sinceridad un tanto dudosa. Estando acordes todos en la injusticia de tales desmanes, Mr. de Talleyrand dijo á los ministros aliados que no parecería mal que el rey dirigiera á sus súbditos un manifiesto, con prevencion de negar todo concurso á las exacciones cotidianas, así en virtud de requisiciones como de ventas de objetos pertenecientes al Estado. No se atrevieron á contradecirle de ningun modo, por que esto equivaliera á declararse cómplices de la conducta de sus subordinados, é inmediatamente se redactó un manifiesto ajustado á la verdad así reconocida, y se sometió al Real consejo. A la par se puso á su deliberacion el referente á los derechos reunidos, cuya recaudacion siempre era dificultosa, como queda expresado, en las provincias del Mediodía.

En el manifiesto destinado á las provincias ocupadas, se les recordaba la convencion de 23 de abril como hecha sin otro designio que el de conseguir que la nacion francesa gozase de una paz anticipada. Se mandaba á los habitantes de estas provincias que llenasen fielmente sus condiciones, tratando bien de consiguiente á los ejércitos aliados, y dándoles durante su retirada los víveres que les fuesen necesarios. Pero tambien les traia á la memoria la obligacion contraida respecto de Francia, de no imponer ya contribuciones de guerra, de respetar las propiedades públicas y privadas, de ordenaba resistirse á toda ilegal exigencia, y les prohibia comprar objetos puestos en venta por

los ejércitos extranjeros, como sales, maderas, objetos muebles, declarando anticipadamente las tales ventas irregulares y nulas. Buena era la precaucion efectivamente, pues exigiendo muchos meses por ejemplo la corta y el arrastre de las maderas, la declaracion de nulidad impediria que se presentasen compradores, seguros como estaban de no alcanzar la entrega de lo que hubiesen pagado. Doloroso es pensar que se necesitara de tales medios, á fin de estorbar que los franceses concurrieran al despojo del territorio, mas existiendo esta necesidad triste, hay que repetir que la precaucion estaba muy bien ideada. Además anuncióse en un lenguaje digno, vigoroso mas no discursivo para ofender á los soberanos, aunque severísimo respecto de sus generales.

Inmediatamente fué aprobado el manifiesto y dado á la estampa. Menos unánimemente apoyado fué el concerniente á los derechos reunidos, pues los príncipes hablaron en contra. Cada vez que se trataba de este asunto, se tropezaba en los empeños tomados por el conde de Artois y sus hijos. Con efecto este príncipe volvió á la carga, trajo á la memoria las promesas hechas á las poblaciones, y alegó el excelente espíritu de las provincias recalcitrantes. Mas no ablandado Mr. Louis por estas consideraciones, repitió que en materias de hacienda solo pensaban bien los que pagaban con puntualidad las contribuciones, y que era indispensable que todos se sometieran á las leyes, sin lo cual seria forzoso renunciar al servicio, y abandonar el puesto á los que se quisieran encargar de gobernar en medio de semejante anarquía. Fatigado el rey de oír hablar de continuo de las promesas

hechas por su hermano y por sus sobrinos, importunado de este realismo que se mostraba con la negativa al pago de las contribuciones, dijo que tan realistas eran los vendeanos como los burdeleses, y que sin embargo, satisfacian las cargas públicas. Si los informes del rey fueran mejores, no ignorara que acerca del impuesto sobre la sal no se manifestaban los vendeanos mas obedientes que los burdeleses acerca del impuesto sobre los vinos. Con todo, el argumento quedaba en pié respecto de otros que los vendeanos, y apoyado por el rey y por sus colegas, al fin obtuvo el ministro de Hacienda este manifiesto tan cuestionado, que se dió á luz con el dirigido á las provincias invadidas.

Hablando el rey con los departamentos vinculados en este manifiesto, les expresaba que desearia ser llamado como Enrique IV y Luis XII el padre del pueblo, y suprimir todos los tributos onerosos; pero que estos impuestos, cuya forma se habia ya suavizado, eran indispensables hasta que se hallase el medio de reemplazarlos ó de abolirlos del todo; que respecto de los acreedores del Estado, y respecto del ejército habia deberes sagrados, que no sería posible cumplir si se desorganizaba la hacienda; que además convenia dar ejemplo de sumision á las leyes, para no caer en una anarquía espantosa; que por tanto esperaba que sus súbditos de las provincias meridionales, que le prodigaban testimonios de amor de cotidiano, le dieran pruebas efectivas, sometiéndose á necesidades, cuya duracion se procuraria acortar lo mas posible; que mas estimaba advertirles que castigarles, pero que, si despues de las advertencias su voz no era escuchada, se veria obligado á los

castigos, y los aplicaria de cierto, para impedir á la vez la desorganizacion de la hacienda, el trastorno de las leyes y la ruina del Estado.

Sin duda estos dos manifiestos no eran mas que palabras, si bien de divulgacion provechosa, y especialmente en boca del gefe de la dinastía de los Borbones. Ante la desaprobacion de sus soberanos y la de los príncipes de la antigua dinastía francesa, aliados suyos, los generales enemigos, expuestos además á chocar en la resistencia de las poblaciones, ya debian ser menos audaces en sus desmanes y constreñidos á muchos mas miramientos. En cuanto á las provincias sublevadas contra las contribuciones, seguramente no era capaz de convertir las el lenguaje afectuoso del monarca; pero la resolucion claramente expresada respecto de la ejecucion de las leyes, debia comunicar á las autoridades una fuerza moral de que habian carecido hasta entonces, y de apresurar la hora en que la percepcion de los impuestos pudiera ser restablecida.

Ya despachados estos dos asuntos urgentes, faltaba ocuparse de la paz, y además de la constitucion, para proporcionar á Francia un estado regular y definitivo, ora con relacion á Europa, ora con relacion á sí misma.

Naturalmente Mr. de Talleyrand habia de ser el agente principal del gobierno en la importante negociacion de la paz, y ni aun para este personage era fácil la tarea. Mucho se habia hablado de este asunto en las conversaciones cotidianas antes de llegar á términos precisos. Pero habia que resolver dos clases de cuestiones, las concernientes particularmente á Francia, y las relativas á toda Europa. Así, por mas que las principales potencias

beligerantes estuviesen fijas en sus deseos, y aun determinadas á darse licencia unas á otras para tomar respectivamente lo que fuese de su conveniencia; por mas que Inglaterra con especialidad se hallase decidida á apropiarse la Bélgica para agregarla á Holanda, y crear así una monarquía que nos alejase de la embocadura de los grandes rios; por mas que Austria, independientemente de Italia, quisiera parte de las orillas del Rin, para cederlas en cambio del Tirol á Baviera; por mas que Rusia y Prusia codiciasen la Polonia y la Sajonia para traficar ambas con ellas, lo cual decidía á todas cuatro á quitarnos las orillas del Rin para hacer posibles todos estos arreglos, sin embargo, aun permitiéndose recíprocamente tales despojos, aun quedaban por zanjar cuestiones accesorias, así en cuanto á la proporcion que se habia de establecer en las divisiones como en cuanto á las combinaciones que se debian adoptar para que subsistiese una especie de equilibrio europeo, y para que los pequeños estados no fueran sacrificados á los grandes del todo, sobre lo cual no era facil la avenencia, y además habia la certidumbre de no lograrla sino al cabo de largos y penosos afanes. Desde luego se reconoció que, sin suponer las lentitudes del congreso de Westfalia, el cual duró muchos años, se necesitarian á lo menos algunos meses para conciliar los intereses todos, y estos varios meses no se querian pasar en la capital de Francia. Otra razon existia para no debatir en París estas numerosas cuestiones, y era la de no facilitar á Francia la coyuntura de mezclarse en ellas. Por mucho que anhelasen estar acordes, seguros se hallaban de no estarlo, de enredarse mas de

una vez en disputas antes de llegar á una avenencia definitiva, y no se queria dar á la nacion francesa la ventaja de asistir á estas disensiones. Además de un triunfo moral, se le proporcionara así facil coyuntura para volver á tomar una posicion fuerte, poniendose de parte de unos contra otros, y ganando por tal medio el apoyo de potencias aliadas. Aun cuando se aparentase voluntad de tratarla mejor que en Chatillon, sustancialmente no se pensaba en tal cosa, y bajo los Borbones lo mismo que bajo Napoleon se propendia á reducirla á sus limites antiguos, y además á excluirla de los grandes arreglos europeos hasta donde fuese posible. De ménos habia la irritacion bajo los Borbones, pero tambien habia de ménos el miedo que inspiraba Napoleon á las potencias aliadas, y lo uno compensaba realmente lo otro. Desde su llegada habia vuelto á ejercer Mr. de Metternich la principal influencia sobre las negociaciones, y por virtud de su profunda y temible sagacidad concibió que antes de nada convenia fijar las relaciones con nosotros, y que despues costaria menos trabajo arreglar las relaciones que habian de tener entre sí los diversos estados de Europa.

Esta sutil idea penetró de seguida en la mente de las córtés aliadas, y así resolvieron terminar en París los ajustes con Francia, y reservaron para un congreso, que se habia de celebrar en una de las grandes capitales del continente, los ajustes generales y propios á constituir el nuevo equilibrio europeo. Mirando por entonces con deferencia extremada á Austria, por haber asegurado la salvacion universal con unirse á la coalicion á pesar de su repugnancia y á pesar de la voz de la

sangre, se acordó que el futuro congreso se celebrara en Viena.

Comunicadas á los negociadores franceses las precedentes disposiciones, de su parte no hallaron oposicion alguna. A primera vista semejaban sencillas sin duda y ajenas de toda malicia, porque la mayor importancia estribaba en poner termino á la guerra, y de consiguiente en tratar ante todo con Francia, como que las armas se habian empuñado en su contra. Nada impedia posteriormente resolver las numerosas cuestiones que suscitaria el nuevo orden de cosas que se hubiese de establecer en Europa, para una asamblea congregada entonces, tenida en un punto central, asi que los diversos monarcas tuvieran tiempo de regresar á sus paises, de poner en orden sus asuntos mas perentorios, y de quedar de esta suerte mas libres para aplicar su atencion toda á los ajustes definitivos que interesaban al mundo entero. Arduo fuera alegar algo en contra de un plan tan especioso y tan fundado segun todas las apariencias. Efectivamente, no se le opuso argumento ninguno, como que por nuestra parte manifestábamos prisa en atribuirnos el honor de la paz, que tan venturoso contraste debia producir entre el gobierno de los Borbones y el de Napoleon recién caido.

Adoptadas estas resoluciones, quedó establecido que ante todo y al punto se arreglaria lo concerniente á Francia. La cuestion de las fronteras figuraba como la primera y mas grave de todas con mucho. Frecuentemente se nos habia afirmado que se pensaba tratar á Francia de muy distinta manera bajo los Borbones que bajo Bonaparte. No solo se habia afirmado de palabra, sino por escrito,

conteniendo una porcion de proclamas públicas la tal promesa. Luego en las entrevistas á que dió margen la convencion de 23 de abril, se habló de agregar cerca de un millon de súbditos á nuestro estado territorial de 1790, si bien de una manera vaga y sin compromiso bien formulado. En cuanto al principio esencial de las fronteras de 1790, ni directa ni indirectamente se habia alojado un solo punto, y bajo este aspecto no hubiera negociador capaz de alcanzar la concesion mas leve, á no ser Napoleon victorioso. Con efecto, de aqui dependian para Inglaterra la creacion del reino de los Países Bajos, para Austria la restitution del Tirol y de Italia, para Rusia la adquisicion de Polonia, para Prusia la de Sajonia, pues sin todo lo que se nos iba á quitar de la orilla izquierda del Rhin, no habia posibilidad de proporcionarles estas satisfacciones. Irracional fuera por tanto aspirar á que se introdujese alteracion en tal principio; y no pasara esta pretension de gastar sin fruto una tenacidad de carácter que se podria emplear mejor al tratarse de otra materia. Asi no se pensó ni por asomo en disputar sobre una cosa tan deliberada, y se dirigieron los esfuerzos todos á la manera de señalar los limites de 1790, cuya mejora se nos habia anunciado formalmente.

En pleno Consejo real diéronse á Mr. de Talleyrand ciertas instrucciones. Se le recomendó particularisimamente que aspirara á obtener el millon de súbditos ofrecidos al Norte de Francia, y que no lo aceptara hácia el Sudeste, es decir, en Saboya. Para Luis XVIII la casa de Saboya, que iba á ser restaurada al mismo tiempo que la de los Borbones, ere una casa pariente y amiga, de la

cual le hubiera repugnado tomar los despojos. A esto añadimos que nuestra antigua frontera necesitaba mucho más de fortificarse al Norte que al Mediodía. Además se previno á Mr. de Talleyrand que exigiera la restitucion íntegra de nuestras colonias y que no consintiese ninguna contribucion de guerra.

Prudentísima era á todas luces la idea de buscar el aumento prometido, no hácia el Mediodía, sino hácia el Norte, aunque inspirada por sentimientos de familia. A la verdad, sin exceder el limite indicado de un millon de almas, se podia mejorar singularmente nuestra frontera y hacerla tan defensiva como la del Rhin, aunque no tan rica en territorio, ni tan fuerte respecto de nuestros vecinos. Llevándola algo mas adelante, y haciéndola pasar por los puntos siguientes: Nieuport, Ipres, Courtray, Tournay, Ath, Muns, Namur, Dinant, Givet, Neufchateau, Arlon, Luxemburgo, Sarrelouis, Kaisers-Lautern, Spira, se nos podia asegurar una frontera, no solo mas dilatada, sino mas sólida, puesto que al excelente cinturón de plazas fuertes, de que ya éramos poseedores, se añadiría así el cinturón de las plazas fuertes belgas. A la célebre fortaleza de Luxemburgo agregaríamos la importante posicion de Kaisers-Lautern en los Vosgos, y la plaza de Landau junto al Rhin. Como alguna compensacion se podia considerar de la línea de este rio, y como inmensa mejora de nuestro estado territorial de 1790. Semejante frontera por sí sola valiera que se diese una batalla mas para conseguirla.

Mrs. de Laforest y de Osmond, los dos negociadores que asistian á Mr. de Talleyraud para los

pormenores, con suma inteligencia dibujaron este nuevo trazado sobre el mapa. Lo propusieron en la primera junta de los negociadores, á la cual no asistió Mr. de Talleyrand, por reservarse para ejercer la accion personal sobre los monarcas, y los ministros aliados, y lo apoyaron por medio de una memoria sólidamente razonada. En ella recordaban que públicamente y con repeticion se habia prometido dejar grande y fuerte á Francia; que formalmente se habia hablado de concederla el aumento de un millon de almas, y sostuvieron que, si no se intentaba destruir todo equilibrio, forzoso era que ante los ensanches de territorio que se habian apropiado todas las potencias europeas desde el repartimiento de la Polonia, no fuese Francia la únicamente condenada á permanecer tal como era á fines del último siglo.

Apenas oyeron los comisionados extrangeros esta lectura y fijaron la vista en el mapa, se declararon vivamente contra nuestras pretensiones, y aparecieron sorprendidos como de una cosa imprevista del todo, y que no hubieran podido prever nunca. Segun ellos, no se les habia hablado mas que de las fronteras de 1790; no sabian si de viva voz se pudo hablar de algun aumento, especie que ahora llegaba por vez primera á sus oidos y de que no hallaban rastro alguno en sus instrucciones. Solo el comisionado inglés, entrando algo en el fondo de las cosas, hizo notar que se dislocaria la Bélgica de esta suerte, lo cual era contrario á los empeños contraidos respecto de los belgas de no fraccionar su territorio, y de no entregarles á diferentes soberanos. Replicaron nuestros negociadores que, si bajo la dominacion de Napo-



leon no gustaban mucho los belgas de pertenecer á la Francia, á causa de la conscripción y de los derechos reunidos, no sería así bajo los Borbones; que hoy habían cambiado totalmente, y que los que fuesen dejados á Francia no pensarían en reclamar de ningún modo; que solo habría reclamaciones por parte de los que fuesen entregados á Holanda, aserto ya rigurosamente verdadero desde que los belgas habían tenido en su país á las tropas alemanas é inglesas, y reflexionado sobre cual sería su suerte bajo una potencia protestante. Nuestros adversarios no repusieron nada, y ni alegaron la única razón que tendría algún peso, á saber, que de este modo juntaría Francia al cinturón de sus plazas fuertes el de las plazas belgas, y que se hallaría sin fronteras el futuro reino de los Países Bajos. No se defendieron más que por virtud de un inmenso asombro, y diciendo que nuestras pretensiones eran tan nuevas, tan poco previstas, que no hallaban posible discutir sobre ellas, como que no iban preparados. Evidentemente había necesidad de separarse para que los negociadores diesen cuenta de lo acontecido á sus respectivos soberanos.

Los comisionados franceses participaron á Mr. de Talleyrand la impresión producida por su proposición primera, y entonces éste se hubo de avistar con los personajes esenciales, monarcas ó ministros, que decidían soberanamente sobre los asuntos europeos. Al tiempo de la convención de 23 de abril, se le habían hecho grandes promesas, cuando se trataba de obtener la evacuación de las posiciones fuertes más importantes, si bien promesas vagas, y si se ponían en duda, no le quedaba

el arbitrio de reclamar contra una falta de fe, cuya sola alegación se parecería á un ultraje en sumo grado. Además, hallando toda su fuerza contra la emigración en el apoyo de los monarcas extranjeros, Mr. de Talleyrand no se encontraba á sus anchas del todo para hablarles con la última energía, como fuera necesario para tener probabilidades de ser oído.

Entrevistas diversas tuvo Mr. de Talleyrand con lord Castlereagh, con Mr. de Nesselrode y con Mr. de Metternich, los tres únicos personajes capaces de ejercer alguna influencia en esta disputa. Lord Castlereagh representaba la potencia, á la cual había expresado Luis XVIII mayor gratitud, y de la cual se debiera por lo mismo esperar alguna correspondencia. No sucedió así ciertamente. Mr. de Talleyrand halló al ministro inglés sencillo, afectuoso, si bien lleno de entereza á semejanza de todos sus compatriotas, cuando se trata de sus intereses. Inglaterra deseaba constituir fuertemente la monarquía de los Países Bajos, y creería á lo sumo lograr su objeto con la agregación de la Bélgica toda, y seguramente no había de contribuir á debilitarla con la desmembración de sus plazas fuertes. De continuo tuvo en la memoria el bloqueo continental, y aplicóse á cerrarnos el acceso de las costas. Añádase que, sin decirlo, quería indemnizar así á Holanda de las colonias, que se aprestaba á hacer suyas, y especialmente la del Cabo de Buena Esperanza. Lord Castlereagh mostró pues absoluto bajo corteses formas, y se declaró de manera de no dar lugar á que se le creyera propicio á ceder ni en un ápice de su empeño. No se podía aguardar mejor éxito del recurso á

Mr. de Nesselrode ó á Mr. de Metternich, aunque ni el uno ni el otro tuviesen interés en este asunto, pues ni Rusia ni Austria daban importancia al designio de limitar nuestro territorio por la parte de los Países Bajos. Pero Mr. de Talleyrand encontró á Mr. de Nesselrode poco celoso, y reflejando muy fielmente las disposiciones de su soberano. Sobremanera habian desagradado al emperador Alejandro la altivez de Luis XVIII, su poco afán por satisfacer á Rusia en diversas cosas que le habia pedido, y especialmente el espíritu de que parecian animados los Borbones. Así, á la par que Luis XVIII se habia apresurado á conferir el cordon azul al principe regente de Inglaterra, ni le ocurrió ofrecérselo al emperador de Rusia, á pesar de ser el principal autor de la caída de Napoleon y de la restauracion de la antigua dinastia. Alejandro amaba calorosamente á Mr. de Caulaincourt, y cuando aspiró á conseguir que se le admitiese en la real gracia, sin solicitarlo este noble personaje, apenas fué oido por Luis XVIII. Se habia tratado de casar al duque de Berry con la gran duquesa Ana, que debió ser esposa de Napoleon, y la familia restaurada no parecia muy anhelosa de que se verificasen estas bodas, aunque se hablaba de ellas de vez en cuando. Así Alejandro se manifestaba ya tibio, y sin rebozo decia á sus aliados que no estaba muy seguro de haber abrazado el mejor partido para Francia y Europa con volver á llamar á los Borbenes.

No habia, pues, que esperar sino frialdad por parte de los rusos, y esto fué lo que se halló en efecto. Mas hubiéramos podido esperar de los austriacos. A la verdad, si en la nueva corte de Fran-

cia agradaba decir que Alejandro, con todo su talento, no tenia sentido comun y que era sobradamente pródigo de consejos, por el contrario se encomiaban la cordura y la reserva del emperador de Austria, que no era liberal ni tenia el prurito de aconsejar á los que no le iban con consultas, y aprobaba mucho que no se diera á los franceses mas que la menor libertad posible. Así, de algun tiempo atrás, se entendia mejor Luis XVIII con el suegro de Napoleon que con otro alguno de los soberanos aliados. Mr. de Metternich mostróse dulce, afable, muy bien dispuesto á favor de los Borbones, á quienes en su sentir no convenia despopularizar de ningun modo. No obstante, apareció extremadamente embarazado. De nuevo é intimamente se habia unido Austria á Inglaterra, su antigua y constante amiga, sobre todo desde que Rusia habia adquirido tanta preponderancia. En todo estaba de acuerdo con ella, y esperaba su decidido apoyo para los asuntos de Italia. Ahora bien, tras de anunciar Inglaterra la voluntad formal de reducirnos á nuestras fronteras de 1790, no podia ser de otro dictámen sobre este punto. De sobra hizo ver Mr. de Metternich que no tenia razon alguna personal su soberano para negarnos una estension territorial hácia la Bélgica ó hácia las provincias rhinianas; pero tambien expuso que la voluntad de Inglaterra seria puntualmente la del Austria. Tampoco negó absolutamente el millon de almas ofrecido; pero dijo que esto era un modo de hablar y no otra cosa, y que el millon podia no significar mas que quinientas mil almas; que en el tal aumento se debian contar territorios enclavados en el de Francia, como Aviñon y el principa-

do de Montbeliard, añadidos al territorio de 1790; que sin duda se podia tomar algo hácia el Norte; pero que la extension debia ser especialmente hácia Saboya, y que luego que de aquí y de allí se pudieran agregar quinientas mil almas, lo del millon quedaba satisfecho; que para las potencias no era este asunto de amor propio, y que no desmentirian al gobierno francés si anunciaba públicamente que habia adquirido un millon de súbditos, mas allá de las fronteras de 1790, para popularizar á los Borbones.

Evidente era que íbamos á encontrarnos sin apoyo, porque Prusia no se mezclaria en esta cuestion, ó se mezclaria en nuestra contra. Se preparaba á promover cuestiones de dinero, á las cuales era mas sensible, y no queria entibiar á ninguno de sus aliados contradiciéndoles en cosa alguna. Por de pronto, á lo ménos de nuestros vencedores no se podia tener la menor esperanza.

Solo faltaba dar cuenta de tal situacion al Real consejo y recibir las órdenes oportunas. Ya de algunos dias atras se habia declarado un desencadenamiento universal é injusto á todas luces contra la convencion de 23 de abril, en cuya virtud habiamos abandonado la mayor parte de las plazas europeas. A la verdad nos habiamos engañado, y deseosos de conseguir que cesaran algo mas pronto los males de la guerra, no logramos acortar ni un dia los padecimientos de las provincias ocupadas. Pero leal fué el designio y todo el mundo lo abrigó de igual suerte, lo cual no tenia mas en cuenta el público imparcial, que el público mal prevenido y descontento. Lo mas extraño era que dentro del Consejo real habian penetrado senti-

mientos iguales, y cuando Mr. de Talleyrand expuso la especie de falta de fé de que se podia tener queja, casi todos los asistentes propendieron á ver la causa en la convencion de 23 de abril, que nos habia desprovisto de todas nuestras prenda, como si no hubiera sido unánime el parecer de celebrarla. Con su vehemencia de costumbre y sin ocurrirle que acusaba á su mismo padre, se desahogó el duque de Berry diciendo, que así se recogia el fruto de la falta cometida al firmar tan precipitadamente aquel funesto armisticio. Maliciosamente miró el rey á su hermano y á su sobrino, como aprobando las palabras de este. Muy afectado manifestó el conde de Artois, que holgadamente se hablaba ahora de esta convencion hecha en los primeros instantes por el gobierno, segun le fué posible, y que probablemente no la hicieran mejor en su lugar los que al presente se desfogaban en su censura. Aun pudiera añadir el príncipe, que de tal modo avasallaba entonces los animos la idea de apresurar la evacuacion del territorio, que ni una sola objecion se hizo el dia de la signatura de la convencion ni en el Consejo, ni en ninguna otra parte. Se limitó á dar muestras de una afliccion viva, de la afliccion de un hombre excelente, que recibe el daño sin tomar desquite, y así quedó asentado que, al firmar con sobrada premura y sin compensacion la convencion de 23 de abril, se habia perdido todo. Mr. de Talleyrand, autor de ella, no respondió á los ataques de que era blanco, sino con un silencio frio y desdénoso.

No obstante, los que censuraban la convencion de 23 de abril, iban á cometer otra falta muy se-

mejante, falta de precipitacion asimismo. No pudiendo lograr nada de lo esperado, solo quedaba un recurso posible y consistia en dirigirse al mismo congreso que dentro de pocos meses debia resolver en Viena las grandes cuestiones de Europa. Con el armisticio bastaba para lo presente, pues trazaba una frontera interina, la de 1790; exigia que se retirase cada cual á esta frontera sin empeñar combate; nos restituia trescientos mil hombres que se podian tener prontos; y si las potencias manifestaban prisa de zanjar las cuestiones que nos atañian exclusivamente, ninguna razon las autorizaba para decidirlo todo respecto de nosotros, y no decidir nada respecto de ellas. Al revés, nosotros podiamos hacer valer una razon incontestable, á saber, que los sacrificios exigidos á Francia tendrian una extension distinta, segun el uso que se hiciera de los territorios abandonados por sus tropas; ya que en esta materia todo se reducía á cuestiones de equilibrio, antes de aceptar nuestro pais la situacion que se le creaba para lo futuro, necesario era que tambien conociese la que se destinaba á los otros. Nada habia que oponer á tal argumento, y para Francia resultaba una inmensa ventaja de presentarse en Viena sin que estuviera fijada su suerte, porque en medio de las discordias que inevitablemente se iban á suscitar entre sus opresores, sin duda encontraria aliados que la ayudasen á sacar mejor partido que ahora. Verdad es que esta misma razon debia inducir á las potencias á arreglar de seguida lo concerniente á nosotros; mas era dificil declarar el motivo, y acaso con vigor se alcanzara que todo quedase aplazado para Viena. En todo caso basta-

ba que se negase á firmar Francia, para que no se la pudiese obligar de ningun modo.

Un solo individuo comprendió en el Consejo real la conducta que se debia seguir en tales circunstancias, y este individuo fué el general Dessoles.—¿Por qué, dijo, concluir ahora? No seremos mas débiles en Viena, pues llegaremos allí sin un acta que fije irrevocablemente nuestro destino. De seguro no reinará acuerdo sobre la parte apetecida por cada uno de los contratantes, se necesitará de nosotros y entonces tendremos aliados. De que se nos trate mejor hay muchas probabilidades, y no existe ninguna para que se nos trate peor que al presente.—Esta sagacisima observacion no estuvo al alcance de nadie, á causa de que, cuando avasalla los ánimos una preocupacion exclusiva, los obstruye hasta el punto de no permitir que allí penetren las mas sencillas ideas. Celebrar la paz y publicarla y hacer que la disfrutara el pais, y atribuirse el honor de esta ventaja, tal era la pasion del momento, á la manera que reinaba un mes antes la de obtener la evacuacion del territorio. Y sin embargo, si habia medio de reparar la falta, que por obrar con precipitacion se cometió el 23 de abril, no era otro que el de una lentitud discreta en la actual coyuntura, y el del valor para diferir al plazo de seis meses la conclusion de un ajuste que se deseaba terminar al instante. De consiguiente se previno á Mr. de Talleyrand someterse á la necesidad y apartarse del plan de señalamiento de limites de nuestros comisionados. Ya abandonada la línea trazada por delante de las plazas belgas, la cuestion de fronteras perdía casi toda su importancia.

No se trataba mas que de algunas rectificaciones capaces de proporcionar un trazado algo mas regular á nuestras fronteras y darnos algunos cien mil súbditos de aumento, con una ó dos plazas fuertes de tercer orden, si bien nada equivalente á Muns, Namur y Luxemburgo.

Al cabo de muchos dias de debate, se nos concedieron estas rectificaciones de poca monta y que sin embargo no eran para menospreciadas. Entre Maubeuge y Givet nuestra frontera de 1799 formaba un ángulo entrante que dejaba á Givet del todo en punta. Desde la posicion de Maubeuge á la de Givet trazóse una línea ligeramente convexa, que suprimia el ángulo entrante y nos agregaba dos plazas mas, Philipeville y Mariemburgo. Dejando á Luxemburgo por defuera, se fué á buscar el Sarre de modo de conservarnos á Sarrelouis. Finalmente, sin llegar al importante punto de Kaisers-Lautern, se adoptó un término medio entre la línea que solicitábamos y la de 1790, señalando el curso del Queich, lo cual nos proporcionaba una rectificacion de algun precio, pues en vez de quedar la plaza de Landau aislada como antes en medio del territorio aleman, se hallaba perfectamente enclavada en nuestro territorio.

Con estos aumentos, con las agregaciones de Montbeliard y de Aviñon, que no se querian devolver al imperio germánico ni á Roma, no juntamos ni la mitad de aquel millon de almas, de que se nos permitia hablar á trueque de que renunciáramos á adquirirlo efectivamente. Hacia el Este y el Mediodía buscóse el complemento, esto es, en Suiza y en Saboya. Se nos dieron algunas porciones del pais de Gex en torno de Ginebra, y

luego, cortando en dos la Saboya, se nos adjudicaron Chambery y Annecy. Tal frontera valia mucho menos que la pedida por nuestros comisionados y que la que se nos pudiera conceder en compensacion de cuanto habiamos perdido; sin embargo, asi y todo, valia algo mas que la de 1790, á la cual, y en castigo de los sucesos de 1815, quedamos reducidos posteriormente. Habiendo desaparecido por virtud de nuestra resignacion estas dificultades, aun podian resultar otras con motivo de los arreglos generales europeos, de los cuales, por el tratado de Chatillon, se nos quiso excluir del todo, mas cuya pretension quedaba insubsistente despues del restablecimiento de los Borbones. De igual manera se deseaba sin duda, pero sin atreverse á declararlo. Asi se idearon algunas expresiones generales, constituyentes de garantías muy vagas, con relacion al futuro equilibrio de Europa. Estas expresiones fueron las siguientes:

Los Estados de Alemania quedarán independientes y unidos por un lazo federativo.

Holanda, puesta bajo la soberanía de la casa de Orange, recibirá un aumento de territorio, Nunca podrá pasar á la soberanía de un príncipe extranjero.

Suiza independiente continuará gobernándose por sí misma.

Italia, fuera de los límites de los países que se restituyan al Austria, se compondrá de estados soberanos.

Pero en estos arreglos europeos, enunciados tan concisamente, habia alguna cosa que se guardaran bien de dar á conocer al público de segui-

da, á saber; en qué proporciones se distribuirían los territorios quitados á Francia entre los principales partidadores. Se nos otorgó la triste honra de recibir esta confidencia, bien que en artículos secretos, más con el fin de atarnos que con el de sancionar nuestro influjo. Véase cuales eran los artículos en sustancia.

«Holanda recibirá los países cedidos por Francia entre el mar, la frontera francesa de 1790 y el Mosa.

«Los países cedidos por Francia á la orilla izquierda del Rhin, servirán para compensaciones entre los Estados alemanes.

«Las posesiones austriacas en Italia serán limitadas por el Pó, el Tesino y el Lago Mayor.

«El rey de Cerdeña será indemnizado de la porción de la Saboya cedida á Francia, con el territorio de la antigua república de Génova.»

Así, á tenor de estas bases, toda la Bélgica debía retornar á Holanda; Baviera debía recibir parte de los antiguos electorados eclesiásticos á cambio del Tirol, restituido al Austria; Austria debía adquirir sobre sus antiguos estados todo el territorio de la república de Venecia; finalmente, Cerdeña debía absorber á Génova, y así el catálogo de los estados independientes iba á quedar muy disminuido. Ni una palabra se dijo de Polonia ni de Sajonia, porque este era asunto al cual no se atrevía á tocar nadie, tanto se preveía de codicia por un lado y de resistencia por otro.

Aun faltaba entenderse acerca de las colonias. Aquí al parecer obtendríamos la compensación de nuestros sacrificios sobre el continente europeo, y si no lográbamos ensanches, á lo menos tampoco

sufriríamos reducciones. Por decirlo así, la restitución de nuestras colonias debía ser cosa corriente. Mas aun no estábamos al cabo de nuestros sacrificios, y según la frase de Mr. de Laforest, uno de nuestros negociadores, *se nos daba el absintio gota á gota.*

Primeramente se habló de la Martinica, de la Guadalupe, que para sernos restituida se iba á segregar de Suecia; también hablóse de la isla de Borbon en el mar de las Indias, y con holgura, como de posesiones cuya restitución no era dudosa. Entretanto nada se decía de la isla de Francia, la Malta del Océano indico. ¿Qué se pretendía hacer de ella? Se dejaba que lo ignorásemos del todo. Al fin llegaron las explicaciones. La potencia que había tomado el Cabo de Buena Esperanza á Holanda, su aliada, y que por una verdadera falta de fé había tomado Malta á la Europa, declaró, que además del Cabo y de Malta, necesitaba de la isla de Francia, por estar en el camino de las Indias. No se nos disputaba la isla de Borbon, completamente abierta, pero de la isla de Francia, gran fortaleza de aquellos mares, se nos quería privar absolutamente. ¿Qué oponer á pretension semejante, cuando no teníamos un solo aliado, cuando el emperador de Rusia, único á quien podíamos haber puesto de nuestra parte, le habíamos ofendido y disgustado en las grandes y en las pequeñas cosas? Renunciar á tratar por entonces, llevar con indignación estos numerosos ultrajes á la justicia ante la Europa congregada en Viena, ante la Europa, mejor ilustrada por el exámen profundo de todas las cuestiones, y especialmente por el desenfreno procaz de las ambiciones todas. Tal fuera el

único recurso. Mas no se pensó en emplearlo, por desgracia.

De estas nuevas exigencias se dió noticia al Real consejo, y la contestacion fué general entre sus individuos. Entonces se conoció lo que era depender del extranjero y de su generosidad. También habian expresado los ingleses el designio de quitarnos algunas de nuestras Antillas, como Santa Lucía y Tabago, lo cual valia poco en comparacion de la isla de Francia. No pudiendo Luis XVIII preveer entonces cuanto valior daria á la isla de Borbon el desarrollo del comercio, dijo con apariencia de razon incontrovertible:—¿Pero qué se quiere que hagamos de la isla de Borbon sin la isla de Francia? Esto equivale á que se nos diera una plaza sin la ciudadela que la domina. Tomen si quieren las islas de Borbon y de Francia, con tal de que nos dejen todo lo que nos pertenece en las Antillas.—Estas reflexiones eran equitativas hasta cierto punto. ¿Más á quién habian de ser dirigidas, y sobre todo, cómo se podia alcanzar que fuesen escuchadas? No quedaba pues otro arbitrio que el de someterse, ó el de abandonarse á las inspiraciones de la desesperacion.

Nos atuvimos á las comunicaciones particulares con lord Castlereagh, como personage que en los negocios marítimos disponia de todo, y de casi todo en los asuntos continentales. Mr. de Talleyrand hallóle apacible y hasta afectuoso, pero absoluto é inquebrantable como una roca. Asi no obtuvo nada. Mr. de Vitrolles, menos reservado, tuvo una entrevista borrascosa con este ministro, sin mas fruto que el de arrancarle una declaracion casi cínica de la ambicion británica.—Toda

posicion situada en el derrotero de la India, manifestó lord Castlereagh, debe pertenecernos y nos pertenecerá.—Mr. de Vitrolles recordó las galanas declaraciones hechas al cruzar el Rhin, y mas recientemente aun al trasponer los muros de París: declaraciones que prometian respetar la Francia y su grandeza y no quitarle mas que lo que habia tomado á los otros países y amenazaba la seguridad general en sus manos. Lord Castlereagh se expresó con aire de imaginar que las potencias cumplieran sus promesas, tratando hoy á Francia como en otros dias fué tratada Polonia.

Otra vez habia necesidad de someterse, por falta de medios para resistir á estas ambiciones desencadenadas y muy unidas contra nosotros. Solo cabia formular una reflexion á la vista de tales actos, reflexion que nuestros opresores no tenían en cuenta; que obrando de este modo se hacia á Napoleon mucho menos culpado á los ojos del mundo, y á los Borbones menos populares á los ojos de Francia.

Solo faltaba resolver una cuestion grave asimismo, y sobre todo humillante, si se resolvia en nuestra contra; la de las contribuciones de guerra. No mas que una de las potencias beligerantes alegaba pretensiones acerca de este punto, y era la Prusia, lo cual dejaba algunas probabilidades de que nos libertáramos de su codicia. Todas las potencias de Europa habian recibido la visita de nuestros ejércitos en el discurso de veinte años, y sufrido las vicisitudes inherentes á la presencia del enemigo, pero fuerza es declarar que la Prusia más que las otras. Asi creia ahora ser indemnizada, no solo de las contribuciones que Na-

poleon le habia impuesto, sino de los efectos de nuestra estado en su territorio durante la campaña de 1812. Por consiguiente, además de la restitucion de los bonos ó títulos representativos de las contribuciones de guerra no pagadas, que ascendian á ciento cuarenta millones de francos, puestos en el tesoro extraordinario, una indemnizacion de ciento treinta y dos millones, lo cual no excluia que reclamara su parte en la venta de nuestros arsenales y de nuestros almacenes. Ciertamente Prusia habia sufrido mucho á causa de nuestras larguissimas guerras; mas si se recuerda que en 1792 habia tomado la iniciativa de la agresion tan solo por mezclarse en nuestros asuntos interiores; que en 1806 se habia entregado á pasiones locas en contra de Francia, y que muy recientemente, durante la invasion, habia sido odiosa la conducta de sus soldados, se convendrá en que los desmanes entre Francia y Prusia andaban, por decirlo asi, á las parejas. Por tanto nos debiamos presentar menos dispuestos á ceder á sus exigencias que á las de otra potencia alguna. Su monarca, hombre de bien, aunque avaro, se aferraba lo mismo á las demandas de dinero que Austria á las provincias italianas, é Inglaterra á las provincias maritimas. Nos presentó, pues, su cuenta invitándonos á examinarla, y si no con intimacion de satisfacerla, á lo menos con un lenguaje que se le parecia mucho.

Mr. de Talleyrand rechazó perentoriamente tales demandas, y declaró que ni se podia ni se queria suscribir á ellas. Inmediatamente dió cuenta al Consejo real de todo. Nadie lo tuvo por admisible, y al fin sintióse la desesperacion á que más

de una vez hubo tentacion de abandonarse. Con una indignacion de que participó todo el mundo, manifestó el rey que preferia gastar trescientos millones en hacer la guerra á Prusia mas bien que gastar ciento en pagarla. Añadió que sabia cuanto precio daba Francia á la paz, y que este deseo de la paz habia entrado por mucho en la acogida hecha á su familia; pero que de ningun modo pasaria por el exceso de humillacion á que se pretendia arrastrarla; que no llevaria á mal oponer resistencia á los extrangeros, que así abusaban de la facilidad con que se les habia recibido, y que en cuanto á su persona, lejos de creerse ingrato ante los gabinetes europeos, á ellos les consideraba por ingratos, pues tanta necesidad habian tenido de los Borbones para penetrar en Francia; como los Borbones de ellos para su restauracion sobre el trono. Por tanto declaró que rechazaria de lleno esta nueva carga, que se queria imponer á sus subditos.

Todo el Consejo aplaudió esta resolucion terminante, deplorando nuevamente la malhadada convencion de 23 de abril. Por su parte el duque de Berry dijo que con las guarniciones y con los prisioneros vueltos á la patria se iban á reunir trescientos mil hombres; que era menester ponerse á su cabeza, y lanzarse sobre los aliados, que no tenian mas que doscientos mil combatientes, y que su familia seria así restablecida para siempre en el corazon de los franceses; despues de este acto de desesperacion patriótica. No se opuso Mr. de Talleyrand al designio, limitándose á añadir que estos trescientos mil hombres, con los cuales se aspiraba á caer sobre los aliados, se debian á la